

diente cráter. Y esta mano audaz era la mano de Othon, sí, de Othon, que no tenía más ánsia que el Imperio, pues sin honra para merecerlo aun le quedaba actitud para alcanzarle. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulacion en el pueblo, y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disipadores, el festin de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonó medio para combatir á Galba y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero para preparar la conjuracion, lo allegó pidiéndolo prestado á un esclavo del emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo á Galba y del amor del ejército al oro. La conjuracion estaba tan preparada, que una noche al salir de un festin se hubiera dado el grito, á no impedirlo el temor de que se malograra por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un día de mediados de Enero estaba Galba sacrificando á los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardía en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguía con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y á un lado se veía anhelante, fatigado por mil pensamientos, mirando ora al ara, ora á

la puerta, á Othon, que oía de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuracion escuchado con frialdad por Galba y con espanto por su gente. Despues de esto, á una señal convenida, abandona Othon el templo y el sacrificio, y se dirige al Foro. Una litera le conducia pero sus esclavos no le podian llevar segun su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse á correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró la carrera. Por fin, llegó enmedio del Foro, al pié de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othon volviese los ojos encontraba ejemplos de fidelidad y heroismo, que mudamente condenaban su accion, pues allí se reunian para proteger al Imperio el rey de los sacrificios, que elevaba una incesante plegaria á los dioses para la salud de la Ciudad Eterna que Othon iba á perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro que Othon queria dilapidar; el templo de César, del fundador de aquel Imperio, que Othon queria profanar; el templo de Castor y Polux, consagrado á la libertad patricia, cuyo renacimiento Othon queria impedir; el tribunal del Pretor, donde se prestaba el juramento que Othon iba á romper; el lago Curcio; la estatua de Celio y de Marco Tulio; las

imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros, en que hablaron todos los grandes oradores; la estatua ecuestre de Augusto; los milagros de elocuencia, de heroísmo, de grandeza de aquella Roma que Othon iba á prostituir; la imagen de los dioses patrios, del Olimpo romano; la figura de la loba que amamantó á Rómulo, todos los génius que formaban el poema de aquellos dogmas que Othon iba á herir; el monte Capitolino, levantando en su cima los edificios que guardaban el alma de aquel derecho que Othon iba á pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecían animarse en medio de aquella tempestad para confundir á su degradado é indigno hijo.

La soledad de la plaza debía atemorizar á Othon; pero su ánimo resuelto no se dió á la duda, ni al desaliento. De un lado á otro corrían unos cuantos soldados dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevacion que debía dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de menos aliento que Othon, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto, pero la desesperacion tomaba en él la forma del heroísmo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así, cuando aquellos veinte soldados, que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos

y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othon creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados, que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remision en pagar las donaciones prometidas, acariciando el puño de las espadas hambrientas de venganza, aguardaban solo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Neron, al epícúreo querido de todos los calaveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les habia dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo pendiente de su tornadiza voluntad. Y á pesar que en el camino se habian reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar á Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban á la luz del sol, gentes inquietas, gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitacion, siguieron á los conjurados, y fué obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba, y poner en el sólio á su competidor Othon. Éste, con la mano saluda-

ba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundíase en el polvo, doblaba la frente, se rendía, se humillaba, se arrastraba á sus plantas, imprecaba á Galba, traía á la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba á todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma.

Mientras Othon subía al trono, Galba importunaba con sus plegarias á los dioses. El estóico emperador no era muy religioso, pues á pesar de las señales contrarias del cielo, había adoptado á Pison, y en aquel momento supremo en que acababa su vida y su imperio, renacía, como por instinto y sin conciencia, un sentimiento religioso en su seno. No bien había acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuración. Galba, al pronto, no quería creerlo; dudaba, temía y estaba indeciso, sin voluntad y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacían traición en aquel instante supremo, y Tito Vinnio volvía los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, más para ver aquella tragedia, que para auxiliar con sus fuerzas ó con sus deseos á Galba. Unos creían que debía echar mano de sus esclavos y de sus domésticos, fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, é invocar allí el auxilio del pueblo, herido en su emperador; pero

otros creían que debía abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasión á las plantas del amo del mundo. Galba no sabía qué hacer. La guardia germana le era hostil por haberla despreciado; la guardia marina más hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que les tocase el corazón á su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Mientras estos hechos corren y suceden, se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas caen á su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnios, pórticos y patios; el emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero entre tanta confusión se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearía el abandono, compañero del vencimiento; la soledad, única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que había matado al enemigo del Imperio, á Othon. Este gran engaño fué obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar á Galba de su palacio para mejor asaltarlo en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se ciñó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose á la

insurrecta milicia. El pueblo habia inundado las calles, y llevado de su curiosidad ocupaba los átrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto, como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábale poco su nuevo dueño, y sabia que para él solo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro, cuando vió venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideracion ninguna á la majestad del Imperio, sin respeto á la vejez del emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si tratasen de vencer algun príncipe extranjero que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, ó herido á los dioses patrios; en medio del Foro, allí donde se levantaban tantos altares y tantos tribunales, allí donde el númen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos, allí donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo, cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo; en aquella tierra en que dormian tantas generaciones, en que habia brotado la idea del derecho; allí aguardan á su emperador, como para más ennegrecer su crimen, y le asaltan, y le derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y

lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado á sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo, sino porque no habia abierto la mano para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendia como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus más grandes glorias. Su cabeza fué metida en un saco, su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que le habian aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hálito de la servidumbre.

Mas la muerte por Othon deseada, era la muerte de su verdadero competidor, del hijo adoptivo de Galba, del aristócrata estóico y severo, de Pison. Este, vista la desgracia de su causa y de su gente, huyó á todo huir, y halló asilo en el templo de Vesta, merced á la misericordia de un esclavo. En aquel dia y en aquel terrible trance, un esclavo no tenido por hombre en el juicio de la sociedad antigua, era el único sér que revelaba sentimientos de humanidad. Así se venga la naturaleza humana de las grandes injusticias sociales, que la desconocen ó la niegan. La obra del esclavo, si meritoria, fué inútil. En el mundo romano, es decir, en la tierra entera, no habia para el vencido un asilo. Al templo llegaron los othonistas, y en el templo fué Pison sacrificado. Cuan

do Othon vió la cabeza de su enemigo, respiró creyendo sancionada su victoria. Así murió aquella personificación del estoicismo antiguo, así se disipó aquella insensata idea de restaurar una aristocracia que había muerto. Esto nos enseña que las reacciones son imposibles, y que no basta para cohonestarlas una gran idea, ni para conseguir las un gran esfuerzo; porque ni la conciencia ni la voluntad de los hombres pueden nada contra las leyes reales é inquebrantables de la historia.

Othon, fresca la sangre de sus enemigos, cubierto de cadáveres el Foro, entre los últimos gemidos de sus víctimas, subió delicadamente compuesto y ataviado, á posesionarse de la sombra de autoridad, que andaba errante y confusa, á manera de alma sin cuerpo, sobre el senado; y allí después de invocar la antigua Roma, como si su alma se hubiera cerrado al remordimiento, y de recibir los loores y los plácemes de aquellos senadores indignos y serviles, declaróse dueño del mundo; y en aquel mismo punto se dirigió á su palacio, seguido de una muchedumbre inmensa, que le saludaba instintivamente por ver reproducida en él, como por predestinación celeste, la imagen de Neron, y con esta querida imagen la esperanza de un imperio próspero para la plebe, y para la aristocracia trabajoso y adverso. Después de este día, el recuerdo de Neron fué una apoteo-

sis, su nombre era repetido de boca en boca, sus estatuas levantadas en calles y plazas, sus hechos referidos por todos los plebeyos, su tumba ornada con mayores ofrendas; llegando á tal extremo el fanatismo que Othon era llamado Neron por la plebe, y él mismo se gozaba en darse tal título; lo cual prueba que aquella sociedad no había llegado á la paz, ni aun en la esclavitud, y que la lucha de patricios y plebeyos iniciada en los primeros tiempos de Roma, reflejada en los reyes, seguida en la República, dilatada en las guerras civiles, se encarnaba con más fuerza en el Imperio, heredero de la idea de los Gracos, los Saturninos, los Drusos y los Catilinas, que tantas revoluciones habían arrojado sobre la aristocracia, para obligarla á recibir el derecho, después convertido en sangrienta dictadura, y en revolución permanente por los varios sucesores de César, y en especial por aquellos que, como Neron, eran más caros á la materializada plebe.

Ya creo haber hablado del carácter de Othon; pero debemos insistir; porque los hechos de estos hombres pintan un siglo y una idea filosófica. Othon era la imagen viva del epicureísmo. En la niñez se mostró indócil, en la pubertad liviano, en la edad madura ambiciosísimo, siempre desordenado. Su vida pasaba entre liviandades, pues cuando ménos mal hacía, se daba á toda suerte de ligerezas, manteando juntamente con Neron á los

pacíficos ciudadanos que encontraba por las noches en las calles y encrucijadas. Una vieja esclava, que había por sus ahorros alcanzado su libertad, le dió dinero y la amistad de Neron, en cambio de su amor, si es que puede llamarse amor á ciertos tratos vergonzosos é infames. Suetonio nos pinta la amistad de Othon y de Neron de una manera que no es para dicha, porque el pudor no lo consiente. Nerón encontró, cuando la muerte de su madre, en su amigo un cómplice dispuesto al asesinato; y cuando los amores de Popea, en su amigo un encubridor, dispuesto á la tercería. Pero como Othon se enamorase de Popea confiada á su custodia, se atrajo la ira del César. Despues fué desterrado, si bien al gobierno de una provincia. Allí se captó la benevolencia de los soldados con sus donativos, y venido á Roma con Galba, el amor del pueblo por sus dispendios y su lujo. Cuando subió al Imperio, subió el epicureismo con él, y al mismo tiempo las esperanzas del pueblo y del ejército. El pueblo y el ejército, como todas las muchedumbres que no saben distinguir la idea del hecho, que caminan á su fin con perseverancia, que no conocen los matices en su conciencia ni la incertidumbre en su conducta, que no saben amar ni aborrecer á medias, que se inclinan siempre á todo lo extremo, y por eso tienen tanta idoneidad para el heroismo, que caen pronto en los más grandes crímenes y con igual facilidad

se levantan á las más altas virtudes, habiendo personificado sus ideas, sus aspiraciones, su vida en Othon, querian celarle, guardarle de todas las asechanzas, apartar su corazón del senado y de la aristocracia; y como una noche Othon hubiese convidado á sus festines á la gente más principal de Roma, y al mismo tiempo oyeran ruido de armas, pueblo y ejército temen por la salud de su ídolo, se levantan, corren á palacio, se reunen á sus puertas, piden á grandes gritos la vida de los patricios por traidores al César, y penetran desafogados en el mismo Triclinio donde se hallaba Othon, que pudo salvar á sus convidados con gran peligro, y que en aquel instante debió convencerse de que no era posible paz entre el senado y el pueblo, ni entre la aristocracia y el Imperio.

Pero las legiones extranjeras no podian sufrir que las legiones de la ciudad tuvieran un César. El pretorianismo con toda su barbarie debia subir al trono del mundo. Las legiones de Vitelio que estaban en el Norte, compuestas de germanos, de bárbaros y romanos confundidos, lanzan un grito de guerra, y como poseidos de furor, coronan la cima de los Alpes, lanzando gritos horribles, agitando teas en sus manos. Othon se dirige á su encuentro, porque teme que aquel fuego derrite la corona á tanta costa ganada y queme su frente. Los ejércitos othonianos se dirigen á buscar al enemigo, mas parecen gente extraña segun ca-

minan, pues donde ponen la planta lo asolan todo y lo aniquilan. Los generales de Vitelio caen sobre Placencia y se retiran. Esto alienta á los othonianos, y por fin los dos ejércitos luchan en las orillas del Pó. Othon aguarda su sentencia en un pueblo vecino, su sentencia es de muerte; la fortuna le vuelve las espaldas.

El epicureismo es tan fácil como el estoicismo para la muerte. Parece imposible que una escuela tan prostituida y mundana infundiera ese gran valor, despreciando la muerte. Su creencia de la nada de la vida obligaba á los epicúreos á mirar como cosa liviana el último trance. Una escuela que sujeta al hombre á las sensaciones, que le hace esclavo de la materia, átomo perdido en la creación, pavesa perdida de los astros, sombra que pasa fría y solitaria entre las eternas tinieblas; al ver una vida que se evapora en lo vacío y se pierde para siempre, debía mirarla como el viajero mira la ráfaga de polvo, que si un instante azota su rostro y ciega sus ojos, se pierde y se disipa en los varios giros del viento. Así habia llegado la escuela epicúrea á sentir hasta voluptuosidad en la muerte, como el que apura en un festin el último sorbo del hirviente aromático vino, como el que aspira la última esencia de una hermosa flor. Othon, fiel imágen y fiel representante de esa escuela, dispuesto á la muerte como á un sueño feliz, viendo en el sepulcro el único refugio del des-

graciado, el postrer asilo del vencido; así que conoce que no le resta salvacion ni esperanza, que las huestes vitelianas le buscan y amenazan; aunque ve fidelidad incomprendible en sus soldados que le ofrecen la vida, amor en sus esclavos que lloran á sus plantas para decidirle á la lucha y á la victoria; aunque sabe que ejércitos amigos corren prontos á su auxilio, y regiones lejanas le prestan acatamiento, y el senado le ofrece su autoridad y su soberanía; por no prolongar un instante más el combate de la vida, cuando la muerte le ofrece en el no sér un descanso eterno y un sueño nunca por el afán interrumpido; rompe todos los lazos, reparte sus tesoros entre sus amigos, afila sus puñales, los oculta debajo de la almohada, duerme tranquilamente como si ningun pensamiento le atenaceara el corazón, despierta al despuntar la aurora, mira con tranquilidad su puñal, lo hunde en su garganta, y lanzando un débil suspiro, muere, no como hombre afeminadísimo, blando en sus costumbres, ligero en sus acciones, perfumado, vestido siempre de femenil estola; muere la muerte serena y fría de los antiguos héroes.

En la conciencia de la sociedad estaba el epicureismo, en su gobierno los pretorianos. El epicureismo en que se sumia Roma, debía llegar á sus últimas consecuencias. En la historia los hechos llevan en sí mismos sus conclusiones como en

la ciencia llevan en sí las ideas su ley lógica. A un epicureismo refinado, artístico, debía seguir un epicureismo brutal y feroz; al gobierno de los civilizados pretorianos de Roma, el gobierno de los bárbaros soldados de las provincias; á Othon, Vitelio. Era este Vitelio hijo de un hombre apreciado en el palacio de los Césares por su liviandad y por su vileza; vencedor de Artabano, no por valor, sino por insidias; cónsul dos veces, censor, encargado del gobierno del mundo en ausencia de Claudio, desinteresado, activo, pero prostituido á sus pasiones; siervo de una esclava que le hacia hasta tragar su saliva; y tan dado al bajo vicio de la adulacion y de la lisonja que fué el primero en levantar altares y sacrificios al emperador Claudio, á cuyos piés se arrastraba con el rostro encubierto á usanza asiática; el cortesano más adulator de Mesalina, hasta el punto de llevar colgada siempre entre la toga y la túnica una sandalia suya, como si fuera algun amuleto ó alguna reliquia; el más devoto á los libertos del emperador, pues tenia los bustos de oro de Narciso y Palas entre sus dioses domésticos; el que en aquella general prostitucion del mundo encontró una frase para pintar en donde raya el límite de la lisonja, frase que ha conservado la historia, pues presidiendo Claudio los juegos seculares en el marmóreo átrio del templo de Apolo Capitolino, rodeado de aquellas estátuas, que eran la maravilla de

Roma, sacrificando los blancos toros en el altar de bronce al compás de los cánticos que acompañados por los acordes misteriosos de las liras entonaban las voces de los mancebos y de las virgenes romanas, mientras el pueblo en larga procesion dejaba al pié del ara las ofrendas con religioso respeto; presidiendo Claudio, decia, estos juegos que se celebraban una vez cada siglo, y que por lo mismo ningun nacido habia visto y ninguno los volveria á ver, este adulator le saludó diciendo, «que lo celebreis muchas veces;» frase que muestra hasta qué punto se embriaga y dementa el que se arrastra al pié de los tiranos.

Esta familia de Vitelio era pues, la personificacion del desenfreno de la escuela epicúrea. El sensualismo llegó á su último extremo, rayó en lo imposible. La naturaleza humana es tan rica en el mal como en el bien; y así como llega por el amor y el martirio á trasformarse en divina, llega por el odio y el crimen hasta confundirse con las fieras. Vitelio habia sido criado en la isla Caprea al lado de Tiberio, respirando los vapores de sangre y de vino allí mezclados en horribles orgías; y habia crecido en los juegos del circo de Caligula, en los palacios de Claudio, en las fiestas de Neron, embebido en sus máximas, viciado por sus ejemplos, cómplice de sus crímenes. Desde niño se habia mostrado ganoso de dinero, mas no para guardarlo, sino para satisfacer su glotonería.



Ejerciendo en Roma un alto destino, apoderóse de las alhajas de los templos, sustituyendo el oro por cobre; la plata por estaño. Su corazón no sentía ninguna pasión, ningún defecto humano, pues martirizó á su mujer y mató á su hijo y áun á su madre, á una madre que le amaba, que vendía las alhajas de la familia para pagar sus deudas y libertarle de la infamia. La disipación era su único deseo, la glotonería su único hábito. Recibió de Galba el gobierno de la baja Germania, y se alegró mucho, porque así tenía con las rentas de una provincia para comer bastante. Había llegado á tal punto en deudas que, á la hora de partirse á gobernar una gran nación, á regir ejércitos, á disciplinar heroicas razas, dejó á su familia en un zaquizamí desaseado y oscuro, por no poder pagar una casa. Ganábase el corazón de los soldados, abrazándoles, besándoles, comiendo con ellos en las cantinas, jurando, bebiendo y hasta erupiendo fuertemente para provocar la risa. Esta franqueza bárbara le ganó los corazones de sus gentes, que pensaron en tener también un César como los ejércitos de España habían tenido su Galba y los de Roma su Othon. Al fin el César de las legiones hispanas, si era un viejo, era un viejo severo, y el César de los pretorianos, si era un pródigo, era un pródigo inteligente; pero el César de los germanos era un bárbaro sin entrañas, sin ideas, sin ninguna cualidad que no fuese perversa y odiosa.

Una mañana sus bárbaros soldados, pagados de aquella su grandeza, fueron á su tienda, le sacaron del lecho, y tal como estaba, sin dejarle tiempo ni áun para vestirse, le proclamaron emperador. El vicio romano, que hasta entonces se había mostrado entre púrpura y flores, y juegos, se muestra desde Vitelio en toda su deformidad y asquerosa desnudez, llegando á sus últimas naturales consecuencias. Desde este punto creció la ambición de Vitelio, porque pensó que las rentas del Imperio podían ser parte á darle mejor y más abundante mesa. Dirigióse á Roma en larga procesión, en carro de triunfo, vestido lujosamente, atravesando las montañas en hombros de sus soldados, los ríos en barcas de flores ocupadas por altares, en nubes de aromas. El instinto clásico, que era el amor del arte y de la hermosura, no se desmentía, ni aun en este bárbaro. Así llegó al campo de Betriaco, donde había sido la rota de Othon. El campo estaba desolado, sus arroyos aún tintos en sangre, sus árboles quemados, su suelo lleno de cadáveres; su atmósfera cargada de miasmas, y Vitelio al verse allí, abrió su boca y sus narices para recoger el olor de la putrefacción y exclamaba: ¡qué bien huelen los cadáveres de los enemigos! Recogió el puñal con que Othon se había atravesado la garganta, y le envió al templo de Marte, y á media noche, á la luz de las antorchas, rodeado de bosques y selvas, entre los

ahullidos de las fieras y los gritos de las aves nocturnas, hizo un sacrificio á los dioses infernales, teniendo por templo la inmensidad de la naturaleza, y por altar las nieves eternas que se levantan en la cima del Apenino. Entró en Roma, por fin, vestido lujosamente, montado en un caballo, seguido de sus cohortes, que formaban un numeroso ejército, y Roma se asustó al ver en su recinto tantas y tan extrañas gentes. Festejó en su ascension al Imperio con grandes comidas, y en una de ellas reunió diez mil pescados, diez y siete mil pájaros, y ofreció un plato llamado escudo de Minerva, compuesto de hígados de asedias, sesos de faisanes y pavos reales, lenguas de cisnes y otras aves acuáticas, y lechada de lamprea. Una flota inmensa recorría el mar desde Andalucía hasta la region de los Phartos, para reunir manjares y llevarlos al emperador. Y no se crea que era delicado su gusto, nó, comia por comer; en el templo devoraba las viandas ofrecidas á los dioses; en las tabernas y en las cantinas la comida pasada, fria y podrida que no querian ni aún los perros, y en su impaciencia tomaba muchas veces los alimentos abrasando, hirviendo, cual si tuviera un paladar de hierro. Este hombre era fiel á la política tradicional del Imperio, iniciada con gloria por César, continuada con astucia por Augusto, agrandada con crueldad por Tiberio, exaltada por la demencia de Calígula y de Neron, rota un

momento por Galba y proseguida por el último César; la política de rebajar la nobleza, de perseguirla, de anonadarla, y exaltar sobre sus escombros á la plebe. Los nobles sufrieron mucho bajo la pesada mano de Vitelio. No contento con mandarlos matar, los veia morir, y no contento con verlos morir, les daba muerte por su propia mano. Las propiedades, las riquezas del mundo, las rentas del Imperio, las disipaba como humo en su cocina.

Voy, señores, á permitirme una pequeña reflexion. En la sociedad, el bien debe buscarse por el camino del bien, la justicia por la justicia. Los que creen que la grandeza de una causa justifica los crímenes que en pró de esa causa se cometen, ¡ay! se engañan. El nombre del justo queda siempre como en un santuario en la memoria humana, y el nombre del criminal pasa á los siglos rodeado de tinieblas y de maldiciones. La causa más santa y más grande se oscurece cuando la auxilia el crimen. Es preferible el martirio á faltar á la justicia; es despreciable la victoria que se alcanza injustamente. Y si lo dudais, ahí teneis un ejemplo. La causa de los emperadores, por más extraño que parezca, es la causa justa y santa del pueblo romano; es aun más, es la causa de la humanidad. Su idea, sí, la idea de los Césares, al través del tiempo, se identifica con la idea de los Gracos, de Saturnino, de Druso, de todos los grandes tribu-